

Juan Trejo

LA BARRERA DEL SONIDO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JUAN TREJO
LA BARRERA DEL SONIDO

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: septiembre de 2019

© Juan Trejo, 2019

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-725-5
Depósito legal: B. 15.777-2019
Fotocomposición: Realización Tusquets
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Cuando vuelvo al barrio de Vallcarca para visitar a mi madre, que todavía vive allí, sufro un extraño desacomplamiento: siento que me desplazo en el tiempo, no en el espacio.

Camino por las calles del que fue mi barrio sin alzar la vista. No observo el paisaje, las fachadas, los escaparates. Presto atención únicamente a quien tengo al lado, que suelen ser mi mujer o mis hijos. Intento evitar los encuentros fortuitos, porque cruzarme con antiguos conocidos, sobre todo si se trata de la versión adulta de algún amigo de la infancia, jamás me resulta agradable o reconfortante.

De Vallcarca no me fui, me exilié. Me exilié como el que se ve obligado a abandonar su tierra a la espera de que pasen los malos tiempos y se restablezca el orden. Pero el orden jamás se restableció. Entre otras razones, porque ese orden era el orden de la infancia.

En aquel entonces, a finales de los años setenta, mi

barrio, para mí, no tenía nombre, no se llamaba Vallcarca. Vallcarca era el puente que cruzaba por encima de la avenida del Hospital Militar conectando República Argentina con la plaza Mons. Tampoco sabía entonces que las calles que conformaban mi territorio pertenecían al distrito de Gracia; eso lo supe mucho más tarde. Para mí Gracia era otra cosa. A duras penas entendía siquiera que aquellas calles que delimitaban mi infancia formasen parte de Barcelona. De hecho, yo creía que mi barrio no pertenecía a ningún lugar, simplemente estaba ahí, con un trazado físico, como si su único cometido fuese dar un contexto a mi experiencia vital. Yo no tenía conciencia de que aquellas calles perteneciesen a un cuerpo mayor. La ciudad era casi una entelequia para mí, una palabra que definía o englobaba una experiencia que no era la mía. Porque a la ciudad se iba, se desplazaba uno a ella. Porque la ciudad era el centro, era la plaza de Cataluña, era el paseo de Gracia, con la Diagonal a modo de frontera. Lugares lejanos, en cualquier caso, distantes y ajenos a la realidad de lo que ocurría en el barrio.

El barrio en el que yo me movía lo conformaban unas pocas calles. A pesar de su exiguo trazado, esa primera delimitación tenía ya vocación transgresora, porque el territorio que entendía como propio se extendía hacia un tramo de San Gervasio y otro de Penitentes. A fin de cuentas, el barrio estaba constituido

por las calles que recorría con frecuencia o las calles en las que había incursionado con la voluntad de hacerlas mías.

Los niños de aquel barrio teníamos la suerte de poder jugar en la calle, era la manera de apropiarnos del espacio público entonces. Jugar al fútbol o a cualquier otra cosa era nuestro método de colonización, de crear asentamientos donde sentirnos en casa. Más allá de las calles en las que uno jugaba, o donde vivía algún amigo al que había que ir a buscar, se extendía tierra incógnita.

Era muy fácil sentirse extranjero fuera de los sutiles límites del barrio. En parte por la esencia fronteriza de las calles que lo constituían, encasquetadas como una cuña entre San Gervasio y Penitentes, con el puente de Vallcarca a modo de puerta de Tannhäuser y Collserola como horizonte último hacia el oeste. Porque aquellas pocas calles se encontraban en uno de los puntos de transición entre lo que podríamos denominar el fenómeno urbano (calles, plazas, avenidas) y la naturaleza: la ladera de la montaña que ascendía hasta el parque de atracciones del Tibidabo. Llegados al Campo del Águila, al otro lado de la estrecha y transitada avenida del Valle de Hebrón, pasabas del asfalto a los caminos de tierra casi sin darte cuenta. De hecho, esos caminos de tierra se resistían en algunas ocasiones a mantenerse en un discreto segundo plano y se abrían paso en las zonas urbaniza-

das, como ocurría con lo que hoy en día es la calle Esteve Terrades, que durante decenios tuvo el aspecto y la función de una pedregosa riera que desembocaba en la avenida del Hospital Militar, justo bajo el puente de Vallcarca.

Por otro lado, era relativamente fácil sentirse extranjero fuera del barrio porque la mayoría de los niños procedíamos de familias inmigrantes. Todos habíamos nacido en Barcelona, pero seguíamos cargando sobre nuestros hombros con el extraño peso de sentirse recién llegado. Y conformábamos una muestra bastante representativa de la variedad territorial española: éramos hijos de padres provenientes de Extremadura, Aragón, Alicante, Galicia, Murcia, Andalucía e incluso Canarias; entre los que yo recuerdo.

Siempre me pregunté por qué mi padre, que llegó a Barcelona en 1962 a modo de avanzadilla sin mi madre ni mis tres hermanos mayores, había escogido ese barrio, más bien elegante a pesar de su decadencia, con cierta solera y raigambre, para establecerse. Nunca llegué a saberlo. Nunca se lo pregunté. Pero los fines de semana, cuando íbamos a visitar a familiares o amigos de mis padres a edificios colmena en lugares como la Meridiana o el barrio del Congreso o Santa Coloma, daba las gracias en silencio por su elección. Sospecho que ya entonces empezaba a estar enfermo, como supongo que lo estaba secretamente mi padre, de esteticismo.

Me gustaba mucho la calle en la que vivíamos: Gomis. Tenía un aire entre modesto y señorial. En aquel tiempo todavía abundaban allí, sobre todo en la acera norte, con los patios y los jardines enfocados a la riera, las villas y casas de veraneo; esa había sido la función del barrio un siglo antes. Eran construcciones hermosas, en algunos casos parecían castillos de juguete, con fachadas decoradas, balcones de hierro forjado e incluso terrazas almenadas. Todas aquellas casas habían sido abandonadas tiempo atrás y quedaron sometidas al corrosivo deterioro del tiempo. Estaban vacías por completo, muy maltrechas, tomadas por las malas hierbas, la suciedad, las ratas y los yonquis, que a pesar de la supuesta elegancia del barrio parecían ser los auténticos amos de esas ruinas. Después de todo, eran los años setenta.

Los niños del barrio nos colábamos en aquellas casas muy fácilmente, sin que nadie nos llamase la atención, pues apenas tenían medidas de seguridad que impidiesen el paso. Buscábamos aventuras a plena luz del día, restos y marcas de las actividades que habían tenido lugar allí a horas mucho más intempestivas: toscos grafitis con mensajes obscenos o políticos, revistas pornográficas con las páginas pegadas, botellas rotas, jeringuillas, condones. Todo entre cascotes y polvo. Recuerdo particularmente de aquellas incursiones el eco vibrante de las escalinatas interiores y la fantasmagórica sensación de estar ocupando el

espacio que en otro tiempo habían ocupado personas desconocidas, seguramente muertas desde hacía años. Ya entonces tenía la costumbre de preguntarme sobre las vidas ajenas, y aquel entorno me llevaba a imaginar existencias lujosas, sofisticadas, plagadas de idas y venidas, de fiestas, bailes y cócteles mundanos.

Pero había mucha más decadencia y dejadez a nuestro alrededor. Estaba en todas partes. En el Hospital Militar, por ejemplo, con su presencia pétrea y triste, medio desatendido ya a esas alturas, obsoleto y mastodóntico, dándole nombre a una avenida. O en el vivero de la Kanda, rodeado por un muro de ladrillos roto por veinte o treinta puntos, justo debajo del Hospital Militar, al lado de la Clínica Delfos, con todas aquellas plantas al aire libre, con la balsa de piedra que recogía el agua que llegaba de la montaña. O el abandonado Manantial La Nina, antigua fábrica de sifones, debajo del puente de Vallcarca. Y no solo en el barrio: Barcelona al completo transmitía decadencia, parecía estar atrapada en el tiempo, perdida para siempre. Una ciudad insignificante, con un pasado tal vez pintoresco pero alejada ahora de cualquier lugar del mundo en el que sucediese algo interesante.

Fue debido a esa sensación de fracaso y resignación, precisamente, como Barcelona dejó de ser una entelequia para mí. Empecé a apropiarme de la ciudad a través de su decadencia, su grisura y su tristeza.

Pero eso llegaría más tarde, después de mi viaje a

Nueva York, cuando ya tenía claro que quería ser escritor y decidí reubicar mis preferencias estéticas. Siendo niño, a finales de los setenta, no sentía ningún tipo de fascinación por la decadencia o el deterioro. A mí me gustaba mi barrio, y mi calle en particular, por el sentido de aventura, porque podía jugar en un entorno que sentía como propio, en el que estaba seguro. Yo no quería decadencia ni dejadez a mi alrededor, yo quería modernidad. Quería sofisticación. Tener cerca aquello que veía en las series de televisión norteamericanas como *Las calles de San Francisco* o *Los ángeles de Charlie*.

La televisión y el cine eran mi puerta al mundo exterior, a todo lo que se extendía más allá del territorio conocido, la única fuente de conocimiento autorizada que yo estaba en disposición de aceptar. Porque incluso siendo niño desconfiaba de la información o de las valoraciones que aportaba mi padre durante las sobremesas, un hombre anclado en el pasado, incapaz de hacer partícipe a nadie de sus vivencias y dado a una nostálgica amargura que casaba muy mal con mis ansias infantiles. Los libros, por otra parte, todavía tardarían un tiempo en adquirir relevancia en mi vida. Los libros exigían esfuerzo, horas de concentración e inmovilidad, y había demasiado que ver y que hacer en la calle para quedarse sentado en el sillón de casa leyendo, por prometedoras que fuesen las contraportadas de las novelas de Los Cinco o Los Hollister.

No puedo decir, sin embargo, que en mi infancia no hubiese libros. Más allá de los ejemplares de Jack London o Emilio Salgari que me obligaban a leer en las horas de biblioteca en el colegio, y que aun así disfrutaba, tenía en casa varios tomos de novelas ilustradas que me resultaban ideales para los domingos por la tarde, entre las que recuerdo especialmente *Kerabán el testarudo*, de mi adorado Jules Verne.

Y había un libro más, un libro especial que nos había regalado una caja de ahorros por no sé qué motivo, un libro que me marcó profundamente: *Maravillas del mundo*, del que hablaré en alguna ocasión.

En cualquier caso, yo quería que el barrio cambiase, que la ciudad evolucionase, que entrase en la modernidad, en el futuro. Quería que todos entrásemos en el futuro y dejásemos atrás el gris pasado reciente. Pero al mirar a mi alrededor no encontraba motivo alguno para la esperanza. Tanto mi barrio, como mi ciudad, como mi propia familia parecían desarrollarse de espaldas al futuro, ajenos al cosmopolitismo que a mí me parecía la solución a todos los males.

Y en casa las cosas fueron a peor cuando murió mi hermana.

La mayor de mis hermanas siempre había sido un elemento incómodo y disonante en la familia. Se fue de casa con solo dieciséis años, justo después de la muerte de Franco, incapaz de adaptarse a la que se suponía que tenía que ser su vida. Mis padres no fue-

ron capaces de asimilar su marcha, como no habían sido capaces de tratarla adecuadamente en su día a día. Tampoco pudieron gestionar su posterior problema con las adicciones. Pero ¿quién podría haberles culpado de ello en aquel tiempo? Una vez fuera de casa, la mayor de mis hermanas vivió en La Floresta, en mitad de la montaña, a media hora de Barcelona, en Génova y después en Valencia. Iba dando noticias de vez en cuando, noticias sin duda adulteradas por la buena voluntad y el afán de mantener en secreto su privacidad. Y un día, con solo veintiún años, entró por su propio pie en urgencias del Hospital General de Valencia y ya no volvió a salir. Mis padres hablaron de perforación de estómago. No dudé de ello en su momento; ¿cómo iba a hacerlo? Ahora sé que se debió a otra cosa. Mi otra hermana me contó, muchos años después, que se había ahogado con su propio vómito mientras esperaba en una camilla. Un problema frecuente, al parecer, entre los consumidores de opiáceos.

Yo tenía nueve años.

Durante un tiempo pensé que su muerte no me había afectado. Supongo que no supe encontrar espacio alguno en el seno de mi familia en el que ubicar mi confusión, pues cada miembro se dedicó a librar la guerra por su cuenta. Además, ya he dicho que mi hermana mayor había sido considerada siempre un problema inmanejable, una distorsión radical en la familia, por eso cuando murió yo pensé que, a pesar de la

tristeza, tal vez el problema quedaría resuelto. Poco después, debido a la culpa provocada por semejante razonamiento, empecé a tener pesadillas en las que mi hermana, a la que apenas había tratado, venía desde el otro mundo para atormentarme. Finalmente, y debido en buena medida al clima de tremendo oscurantismo que se implantó en casa (mis padres tampoco supieron cómo afrontar la muerte de mi hermana), empecé a fantasear con la idea del fin del mundo. En ese sentido, la situación política internacional vino a echarme una mano.

Empezaban los años ochenta. Reagan había llegado al poder en Estados Unidos y estaba dispuesto a reactivar los peores miedos de la Guerra Fría. A su gabinete presidencial le dio por afirmar, después de lustros en los que la teoría MAD (Destrucción Mutua Garantizada) había marcado la pauta, que existía una posibilidad de ganar la guerra. Reagan aparecía cada dos por tres en el Telediario diciendo que posiblemente seríamos la generación que conocería el Armagedón. En el cine estrenaban *Juegos de guerra*, que contaba la historia de un jovencito que ponía en jaque la estabilidad mundial al acceder al ordenador central del ejército estadounidense para proponerle una partida de Guerra Termonuclear Global. O en la televisión programaban *El día después*, un tétrico telefilme en el que se recreaban con pelos y señales las consecuencias de una guerra que, con el paso de los años, parecía inevitable.

¿Cómo no obsesionarse con algo así? Era un proceso lógico. El mundo al completo vivía lo mismo que experimentaba yo en casa: tensión, miedo, ansiedad, estancamiento irresoluble y el final de todo como horizonte de expectativas. Pero incluso a eso puede acostumbrarse uno. El mundo seguía rodando. París, Londres, Nueva York seguían ahí. Vibrantes y atractivas. A lo mejor la solución era irse, salir de allí. Viajar.

Hasta entonces solo había salido de Barcelona para ir al pueblo de mi madre, en Extremadura, y para ir a Andorra, país extranjero al que yo me aferraba como un clavo ardiendo como primer paso de mi futuro cosmopolitismo; el segundo paso, de momento, me resultaba inimaginable. Íbamos a Andorra porque a mi padre le gustaba comprar cosas baratas, librarse de algunos impuestos menores y así sentir que al menos en un aspecto de su vida se salía con la suya. En Andorra comprábamos whisky que mi padre no bebía, tabaco que nadie fumaba y mantequilla con la que mi madre no cocinaba. Pero para mí tenía sentido porque cruzábamos la frontera y podíamos fingir durante un rato, a pesar de nuestro nimio cargamento, que éramos los protagonistas de una exótica aventura que consistía en burlar a los agentes de aduanas.

Esos viajes en coche por carreteras mal asfaltadas consiguieron que aumentase de manera exponencial mi deseo de ver mundo, algo que, a esas alturas de mi vida, se asemejaba mucho a desear viajar por una ga-

laxia muy lejana junto a Han Solo en su Halcón Milenario.

Tengo la impresión de que ya a nadie le interesa ver mundo. Se viaja más que nunca, a todas partes, pero lo de ver mundo es, o mejor dicho era, otra cosa. Ver mundo suponía un afán, un ansia. Era un impulso que podía guiar, a veces hasta el final de los días, una vida. La voluntad de descubrir, de encontrar un sentido al conjunto de los acontecimientos e incluso intentar trascender las limitaciones de la existencia humana. Ver mundo, obviamente, implicaba la presencia de un territorio exterior, ajeno y gigantesco, básicamente desconocido. Un espacio más allá de la mente, de la subjetividad y de la percepción. Un lugar donde tal vez podría encontrarse el mayor de los secretos escondido en la cotidianidad de algún rincón exótico. Un secreto imperceptible a plena vista, indetectable para los lugareños, que, a su vez, anhelaban viajar a otros lugares para encontrar ese mismo secreto oculto en otra cotidianidad. Lejos, siempre lejos.

Ver mundo implicaba también que existía un yo, y un cuerpo que lo albergaba. Y una personalidad que debía formarse precisamente en la interrelación con lo que sucedía en el exterior.

En cualquier caso, yo quería ver mundo. Desde niño mi vida se vio marcada por ese afán de conocer lo que estaba más allá, siempre lejos. Pero también por la necesidad de contar ese mundo; es decir, lo que

veía. El único problema era que estaba convencido de que mi vida era anodina, demasiado afectada por el miedo y la frustración. Nada que ver con los mitos añejos de los que hablaban mi padre y mi hermano durante las sobremesas, a los que yo no tenía nada que oponer. ¿Con qué podía yo igualar la intensidad de una niñez vivida durante la Guerra Civil o los años salvajes de un niño recién llegado del pueblo a la gran ciudad? Habría sido como competir con Almudena Grandes y Juan Marsé, porque además tanto mi padre como mi hermano sabían cómo contar bien una historia. De ahí la voluntad de ver mundo, de viajar: tenía que recolectar el material necesario del que extraer las anécdotas que yo quería contar. Contar y contarme, para convertirme en persona, para tener un carácter y una presencia objetiva en la existencia y que los demás lo supiesen. Contar para llegar a saber que existía.

Tenía que buscar por el mundo aquello que me faltaba: la sensación de tener un lugar propio. Todo viaje nace de una carencia, igual que la necesidad de contar nace de la falta de sentido. Por decirlo de otro modo: el viaje se gesta durante el cautiverio y la vocación de narrar nace al amparo de la obligación de guardar silencio. Porque en mi casa yo no tenía ni voz ni voto. Había llegado demasiado tarde. Los relatos fundacionales de la familia habían quedado fijados tiempo atrás y yo no estaba incluido en ellos. Después

murió mi hermana y mis padres pusieron fin a cualquier clase de narración familiar: clausuraron el pasado y se desentendieron del futuro.

Tenía un amigo en el barrio que había vivido algo similar, aunque en su caso la que había muerto había sido su madre. Pepe era un chico reservado y más bien torpe físicamente. Le gustaba jugar al fútbol y a otros juegos en la calle con los demás, a pesar de no ser demasiado sociable, pero también pasaba cada vez más tiempo solo en casa. Por lo que me contó su hermano, se encerraba en su cuarto y se perdía durante horas en un mundo propio e intransferible. Leía mucho. Él si les prestaba plena atención a Los Cinco o Los Hollister. Yo sabía que frecuentaba la pequeña biblioteca de la iglesia de Santa Cecilia; toda una rareza entonces entre los chicos del barrio. Pero también dedicaba el tiempo, como me confesó un día haciendo un gran esfuerzo, a otra cosa. Fantaseaba. Imaginaba situaciones divertidas o estrambóticas. Pero no de un modo arbitrario. Había creado un método chamánico para hacerlo con el que entraba en trance. Empezaba a caminar en círculos por el reducido espacio de su habitación golpeándose la palma de la mano con una cuchara para crear una suerte de ritmo de invocación. Parecía un sistema eficaz. En su mente, todas las personas con las que trataba en el barrio cumplían un papel, los había convertido en personajes. Recreaba escenas descabelladas con ellos, les in-

ventaba diálogos en tiempo real propios de una película de adolescentes o de una comedia de enredo. Había creado una saga inabarcable compuesta por pequeños fragmentos. Al contármelo, mientras me relataba alguna de aquellas aventuras llenas de detalles que solo pasaban en su cabeza, se puso a reír como si estuviese poseído, y yo me reí con él, como si el poder que manejaba en soledad hubiese traspasado las fronteras de su cuerpo y saliese a la luz descontrolando sus sentidos y contagiándome con una ebriedad incomprensible.

¡Cuánto envidié su capacidad creativa! Su mente, al contrario que la mía, no le obligaba a atender dolorosamente a lo que le rodeaba, sino que le permitía huir y pasarlo bien. Su mente no imaginaba escenarios oscuros, negativos e irresolubles, al contrario, le ayudaba a transformar la realidad y a mejorarla a su antojo. En sus aventuras no era un niño asocial, los abusos recibían su merecido, todo el mundo lo admiraba y lo quería. En sus aventuras no estaba solo.

No entendí hasta muchos años después que aquella actitud supuestamente creativa de mi amigo Pepe podía ser el germen de un trastorno psiquiátrico. Con el paso del tiempo, Pepe dejó de hablarme. Dejó de hablarle a todo el mundo. Al cumplir los dieciocho años se alistó voluntario en los Paracaidistas. No sé si eso demuestra nada. Después le perdí definitivamente la pista y nunca he vuelto a saber de él. Confieso que

al ver *La chaqueta metálica*, imaginé cómo podría haber acabado aquel pobre muchacho.

Inventar historias como síntoma de trastorno mental, me digo ahora cuando pienso en Pepe, ¿a qué me suena eso?

Me dediqué durante un tiempo a intentar imitarlo. Me encerraba en mi cuarto esperando que se produjese el trance, pero no había manera. Aguantaba encerrado unos cinco minutos. Después salía a la calle en busca de inspiración. Dado que la realidad era demasiado dura, demasiado descorazonadora, me fijaba en los detalles y, sobre todo, en las personas extrañas, las que parecían haber quedado fuera de los márgenes de la supuesta normalidad. Me daba la impresión de que los seres limítrofes, que en la distancia me atraían en la misma medida en que me daban miedo, a través de su disonante comportamiento podían aportarme una información suplementaria, tal vez imprescindible, para entender a los seres humanos; ese género al que a veces no tenía claro si yo pertenecía.

El barrio estaba habitado por numerosos personajes pintorescos en aquel entonces. Había yonquis foráneos que se movían por entre las casas abandonadas como fantasmas, apenas perceptibles. Estaban los exhibicionistas puntuales, tan frecuentes por aquel tiempo en cualquier rincón de la ciudad, molestando a las niñas y niños que venían solos del colegio, y a los que como mucho se les daba una reprimenda si los pillaba un

adulto o un guardia urbano. También había vagabundos, recogedores de chatarra, siempre de paso, siempre variables. Teníamos nuestra cuota estable de marginados o indigentes, a los que los niños llamábamos simplemente «locos», que solían pasar por la calle a horas fijas, cuando empezaba a anochecer. Recuerdo al Loco de las Gafitas, delgado, alto, con pelo rizado, barba descuidada y unas gafas finas de pasta negra, siempre con tejanos y en mangas de camisa, hiciese frío o calor. Era sorprendentemente joven. Recuerdo también al Esquimal, una versión tenebrosa de David el Gnomo, bajito como él, siempre ataviado con el mismo chaquetón oscuro con capucha de punta, tanto en invierno como en verano. Teníamos a nuestra loca residente, la Jerónima, que vivía en un cuchitril, una especie de pequeña bodega con salida a la calle, junto al bar La Bota Petita. Lanzábamos piedras a su puerta para verla salir echa una furia. Era corpulenta y fea como el demonio. Años después redimí su figura al ver *Ocho y medio* de Fellini y conocer al personaje de la Saraghina, una mujer parecida a la Jerónima que bailaba para los niños una rumba sensual a cambio de unas pocas monedas. En el barrio también había putas, aunque para nosotros eran casi tan imperceptibles como los yonquis, pues abundaban en la zona los locales de alterne o whiskerías donde ellas desarrollaban su actividad. Nosotros solíamos rondar por la puerta de uno de ellos, el Yoldialis Club, en lo alto de la calle Gomis,

para ver si podíamos entrever algo, un pecho o una nalga, y descubrir tal vez así un secreto que hasta ahora teníamos vedado. Hablando de sexualidad, eran de sobra conocidas las mujeres del barrio que ejercían la prostitución lejos de aquellas cuatro calles. De uno de mis amigos se decía que ni siquiera su madre tenía claro quién era su padre. De otro, que sus padres se habían conocido en uno de esos locales. Se sabía quiénes eran las mujeres infieles, o como mínimo las que habían protagonizado los casos más sonados, con carreras en paños menores y fugas por las ventanas de pisos poco elevados. No se hablaba nunca, sin embargo, de los hombres infieles. Pero yo recuerdo a una conocida de mis padres que había intentado suicidarse con coñac porque su marido se había fugado con su secretaria. Incluso reconocimos a una vecina casada que se anunciaba con otro nombre en la sección de contactos del periódico porque necesitaba «ayuda económica». Se rumoreaba, en otro orden de cosas, que en la calle Gomis había vivido Johnny Weismüller, que había perdido allí la razón y que a horas intempestivas lanzaba el poderoso grito que le había hecho famoso como Tarzán. Se rumoreaba también que el padre de otro de mis amigos, de confuso apellido centroeuropeo, había sido arrestado en Berlín al intentar atravesar el Muro ilegalmente cumpliendo alguna clase de misión que nadie supo aclarar jamás; según las versiones podía ser fascista o comunista. Estaba el señor Pedro,

con su aire de pirata de sobremesa del sábado, a lo Robert Shaw en *Tiburón*, con su incapacidad total, su ojo de vidrio y su gusto por la cerveza tibia, con un pie descompuesto debido, según contaba, a la explosión accidental de una bomba que había encontrado siendo niño en el Campo del Águila. En el edificio adyacente al mío había vivido Luc Barreto, cantante melódico caribeño, que abandonó a su blanca mujer y a sus cuatro hijos mulatos coincidiendo con el declive de su corta carrera artística. Y estaba el señor Melitón, dueño del bar más concurrido de la calle Gomis, casado y con varios hijos pero muy amanerado y lenguaraz, cuya leyenda hablaba de frecuentes salidas nocturnas en solitario por los locales más transgresores del Barrio Chino.

A mí todos aquellos mitos y rumores e historietas me fascinaban. Me habría gustado estar al corriente de todos los detalles, profundizar en ellos y contrastarlos con sus protagonistas, porque estaba obsesionado con descubrir lo que se ocultaba tras las apariencias, con conocer lo que yo entendía que debía ser la verdad. Supongo que destapar la verdad era para mí el único antídoto posible al hermetismo que imperaba en nuestra familia después de la muerte de mi hermana.

En cualquier caso, si tuviese que escoger únicamente a uno de todos aquellos personajes peculiares que corrían por el barrio no dudaría en quedarme con el señor Alemán.

El señor Alemán no se llamaba así, aunque durante un tiempo yo creí que ese era su apellido. Lo llamábamos Alemán porque era de origen germánico y desconocíamos su verdadero nombre. Había llegado a España a finales de los años cuarenta y, a pesar de su marcado acento, hablaba castellano con fluidez y parecía conocer muy bien la idiosincrasia del país. Vivía en los bajos de uno de los edificios más antiguos y regios de la calle Gomis, junto al colmado El Segoviano, cerca ya del puente. En su casa, por una de esas rarezas propias de las construcciones de la época, disponía de un pequeño frontón a modo de patio interior. De ahí que nosotros le conociésemos e incluso frecuentásemos su casa: nos dejaba jugar allí algunas tardes a unos pocos niños del barrio.

El señor Alemán vivía solo, nunca se había casado; una rareza entre los hombres de nuestro entorno. Era más bien bajo, no muy corpulento, con bigote moreno, finas gafas redondas con muchas dioptrías y siempre parecía despeinado, al estilo del típico sabio de los tebeos. Debía de rondar los ochenta, pero se mantenía lúcido y se mostraba cordial e incluso locuaz con nosotros. Le agradaba que fuésemos por allí, supongo que le dábamos vidilla. Salía muy poco de casa, no sé si por la artritis o por una severa agorafobia. Por lo visto una vecina algo más joven que él le hacía la compra y mantenía el piso más o menos en condiciones, aunque imperaba allí el polvo y una considerable

sensación de caos, debido principalmente a la cantidad de cosas que había ido acumulando el viejo a lo largo de los años.

Fue la primera casa que conocí en la que los libros ocupaban un lugar preeminente. Estaban por todas partes, en las largas estanterías de madera envejecida del salón, pero también formando pilas por los rincones o amontonados de cualquier manera encima de una mesita de café o de una butaca. Libros de tapa dura, en diferentes idiomas. En aquella casa sentí por primera vez envidia por los libros; envidia y culpa. Ya he dicho que me costaba mucho dedicarle tiempo a la lectura, pero en casa del señor Alemán empecé a pensar que tal vez me estaba perdiendo algo valioso. En aquella casa los libros tenían un poder sugestivo y de evocación que no había sentido en ningún otro lugar. Y eso a pesar del polvo y del caos. A pesar incluso de la oscuridad, porque allí todo estaba siempre a media luz, en penumbra. No solo estaban entornadas todas las puertaventanas que daban al exterior, las bombillas eran de muy bajo voltaje y eso le otorgaba al espacio un aura de misterio.

Alguien me dijo en una ocasión que el señor Alemán había escrito libros siendo joven, cuando vivía en Alemania, que era filósofo, pero nunca llegué a confirmarlo. Lo que sí puedo decir es que de los bolsillos de su bata sobresalían siempre pedazos de papel con anotaciones hechas a mano.

Pero no solo eran los libros lo que llamaba la atención en su casa. El señor Alemán era un coleccionista ecléctico, variado e incomprensible. Hasta tal punto era así que hoy en día seguramente hablaríamos del síndrome de Diógenes. En su casa había toda clase de objetos estrambóticos, la mayoría de ellos repetidos en número considerable. Recuerdo una colección de candelabros de siete brazos, menorás judías, de diferentes formas y tamaños. Y también una enorme bandeja que tenía en una repisa en el pasillo con figuritas de mazapán petrificadas. Era algo asqueroso. En una ocasión, al pillarme mirando dicha bandeja, el señor Alemán me dijo con su rotundo acento, y creo que son las únicas palabras que recuerdo directamente de él: «¿Te has fijado alguna vez en la apariencia tan enfermiza que tienen las figuritas de mazapán?». Y recuerdo también un cuadro, en este caso único, no repetido, una litografía de bordes arrugados que mostraba una extraña figura anaranjada. El señor Alemán me dijo con una ingenua sonrisa que era el ángel de la historia, pero lo que yo recuerdo es un monigote con una forma más o menos humanoide. Sin duda el cuadro adquiriría un tinte tétrico en aquel ambiente lúgubre y sucio.

A pesar de lo que acabo de decir, cuando me pregunto qué imagen condensa para mí el conocimiento, lo que me viene a la mente es la casa del señor Alemán.

Tal como empezamos a ir a su casa para jugar al frontón dejamos de hacerlo. El señor Alemán era viejo y nosotros niños, así que nuestros caminos, a partir de algún punto, fueron separándose a la velocidad del sonido hasta perderse de vista por completo. Lo último que supe de él, muchos años después, cuando echaron abajo el edificio en el que vivía, fue que una vez muerto lo enterraron en Portbou por explícito deseo suyo.

Con el tiempo también fueron derribando todas las villas señoriales abandonadas de la calle Gomis. La riera se convirtió finalmente en la calle Esteve Terrades. El barrio, tal como había deseado, empezó a cambiar, a modernizarse. La ciudad al completo se vio arrastrada por un marcado proceso de transformación que alcanzó su punto máximo de aceleración con la nominación de Barcelona como sede de los Juegos Olímpicos de 1992. La decrepitud fue dejando paso a otra cosa que ahora no sé si denominar modernidad o asepsia. Al principio el proceso estuvo teñido por un inconsciente sentido de celebración. Pero lo cierto es que todo fue desapareciendo a velocidad de vértigo. Soporté bien ese proceso durante un tiempo, como el que paga una considerable suma a Hacienda después de haber ganado un premio literario inesperado. Luego me resultó insoportable.

Para mí, el barrio donde crecí no solo es ahora un lugar desconocido, es un territorio incomprensi-

ble y casi me atrevería a decir que hostil. Por eso cuando recorro las calles de Vallcarca siento ese extraño desacoplamiento: tengo la sensación de moverme en el tiempo, no en el espacio. En Vallcarca, para mí, nada está fijo, todo transcurre. El entorno al completo está sumido en un constante proceso de desaparición.

De hecho, tumbado en una cama del Hospital Clínic, convaleciente tras un grave problema de salud, me dio por pensar que a pesar de todos mis viajes, motivados siempre por un ansia irrefrenable de huir, a pesar de todos los relatos y cuentos que me conté a lo largo de los años, tal vez no había llegado a salir nunca del barrio de Vallcarca. Sumido en la confusión que me provocaba la potente medicación, me dije que quizá Vallcarca me producía esa extraña sensación de desacoplamiento porque, a pesar del constante proceso de desaparición, sus calles me recuerdan que no se puede huir de lo que siempre has llevado contigo.